

IGLESIA PUNTO COM

El futuro digital de la comunidad eclesial

EN cualquier esquina de la Plaza de San Pedro se podía apreciar el adoquinado húmedo sobre el que había caído la lluvia de aquella jornada. Ni un peregrino. Sin embargo, desde la *Via della Conciliazione* se advertía una mancha blanca. Era el hábito del papa Francisco que, en soledad, impartía una bendición a su diócesis romana y al mundo entero. No era precisamente la lluvia la causa por la que los fieles católicos seguían desde casa la bendición especial de aquel 27 de marzo de 2020. Un virus había decidido cobrar la vida de personas en distintas partes del planeta. Entretanto, la OMS (Organización Mundial de la Salud) fue emitiendo distintas recomendaciones, y los países en los que las cifras de contagios se habían disparado aplicaron estados de emergencias para proteger a la población y garantizar el sistema sanitario.

Ante el vertiginoso avance de la pandemia, la Iglesia católica estableció directrices específicas. El 13 de marzo, la Conferencia Episcopal Española (CEE) publicó una serie de orientaciones cuyos principales puntos se resumían en

la colaboración con el Gobierno y las autoridades sanitarias, la interrupción de las catequesis presenciales, la potenciación de la creatividad pastoral y el seguimiento de las celebraciones de la Iglesia a través de los medios de comunicación. El 25 de marzo, la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos decretó que los obispos y presbíteros de los países afectados por la enfermedad celebrasen los ritos de la Semana Santa sin la presencia del resto de la asamblea. Asimismo, en aquel documento, la Santa Sede recomendó que la comunidad cristiana se uniera en oración de manera telemática desde sus propias casas.

Emergieron formas de convivencia que, catalogadas con el término *nueva normalidad*, no solo redefinirían el trabajo –*Home office*–, sino también la educación –*E-learning* o *Blended learning*– y el ocio –*Digital entertainment*–. El mundo, que transitaba hacia una nueva década marcada por la Cuarta Revolución Industrial, se anticipaba a una etapa en la que la realidad física y on-



line quedarían entrelazadas a través de una red de redes –Internet– que no solo interconectaría objetos –Internet of Things–, sino también personas –Internet of People–. De esta manera, los internautas no serían concebidos meramente como usuarios de dispositivos electrónicos, sino también como protagonistas de un mundo llamado virtual.

IGLESIA 2.0: UNA RESPUESTA A LA COVID-19

Para reducir el impacto de la COVID-19, desde el comienzo de la pandemia, muchos gobiernos adoptaron una serie de restricciones de movilidad y reuniones sociales, entre las que se encontraban las actividades de carácter religioso. En algunos países se abrió un debate, que persiste, sobre la legalidad de la limitación de la libertad religiosa con el fin de preservar la salud ciudadana. Incluso se ha dado el caso de líderes religiosos, incitando al incumplimiento de la normativa vigente. Sin embargo, en España, salvo algunos incidentes puntuales, el clima entre la Iglesia y las autoridades del Estado y las comunidades autónomas ha sido positivo. Desde un primer momento, la CEE recomendó experimentar la fe de una manera creativa, lo que supuso un reto para numerosas parroquias o movimientos religiosos que no estaban preparados para dar el salto a la red. No obstante, gracias a la ágil transformación digital de algunas comunidades eclesiales en el comienzo de la pandemia, se puede afirmar que la respuesta de la Iglesia católica en este campo no tiene precedentes.

En el ámbito de la caridad, la ayuda a los más vulnerables de manera presencial se complementó con la asistencia telemática. Creyentes y no creyentes, inmersos en momentos de angustia o procesos de duelo, fueron asistidos por profesionales que ofrecían apoyo emocional en situaciones de crisis. Los grupos de catequesis y de fe cristiana se trasladaron a entornos virtuales, donde recondujeron sus reuniones a través de sitios web, videollamadas, redes sociales, aplicaciones de mensajería o correos electrónicos.

Por otro lado, muchas de las actividades litúrgicas se llevaron a cabo de manera virtual. Se siguieron retransmitiendo las celebraciones eucarísticas en los medios de comunicación tradicionales como la radio y la televisión, pero también se llevaron a cabo iniciativas a través de los medios digitales en entornos online, como webs, redes sociales, blogs o programas de videollamadas. Con las eucaristías *vía streaming*, los creyentes pudieron participar de manera «plena, consciente y activa en las celebraciones litúrgicas», como recomienda la Constitución del Concilio Vaticano II *Sacrosanctum Concilium* (n. 14). De ese modo, más allá de las limitaciones del radioyente o televidente, los creyentes pudieron participar en la celebración religiosa gracias a las peculiaridades de la comunicación interactiva con el resto de los usuarios. Además de las eucaristías, muchas comunidades eclesiales ofrecieron oraciones virtuales, textos y recursos para rezar, reflexiones bíblicas, homilias, e incluso acompañamiento espiritual.

El desarrollo de estas iniciativas digitales ha planteado nuevos retos no solo para acercar la Iglesia a los



creyentes confinados, sino también para aquellos que se encuentran alejados de la fe cristiana. Sin embargo, esta inculturación digital levanta algunos interrogantes para explorar en el ámbito de las ciencias de la religión y la teología. Si el salto a la digitalización de la Iglesia no es un fenómeno coyuntural, sino más bien un punto de arranque que evolucionará tras la pandemia, ¿cómo será la acción pastoral de la Iglesia a través del nuevo entorno virtual? En cada diócesis, parroquia o comunidad eclesial, ¿quiénes serán los agentes de pastoral en la red? Antes de ser enviados por la comunidad para ejercer



su ministerio en Internet, ¿qué formación específica van a llevar a cabo? Además de estas preguntas enmarcadas en la teología pastoral, la transformación digital de la Iglesia también tiene implicaciones en otras áreas de estudio como la eclesiología, moral o sacramentología. Precisamente, en este último campo, despierta interés la reflexión sobre la *presencia real* [de Jesucristo] en la *realidad virtual*.

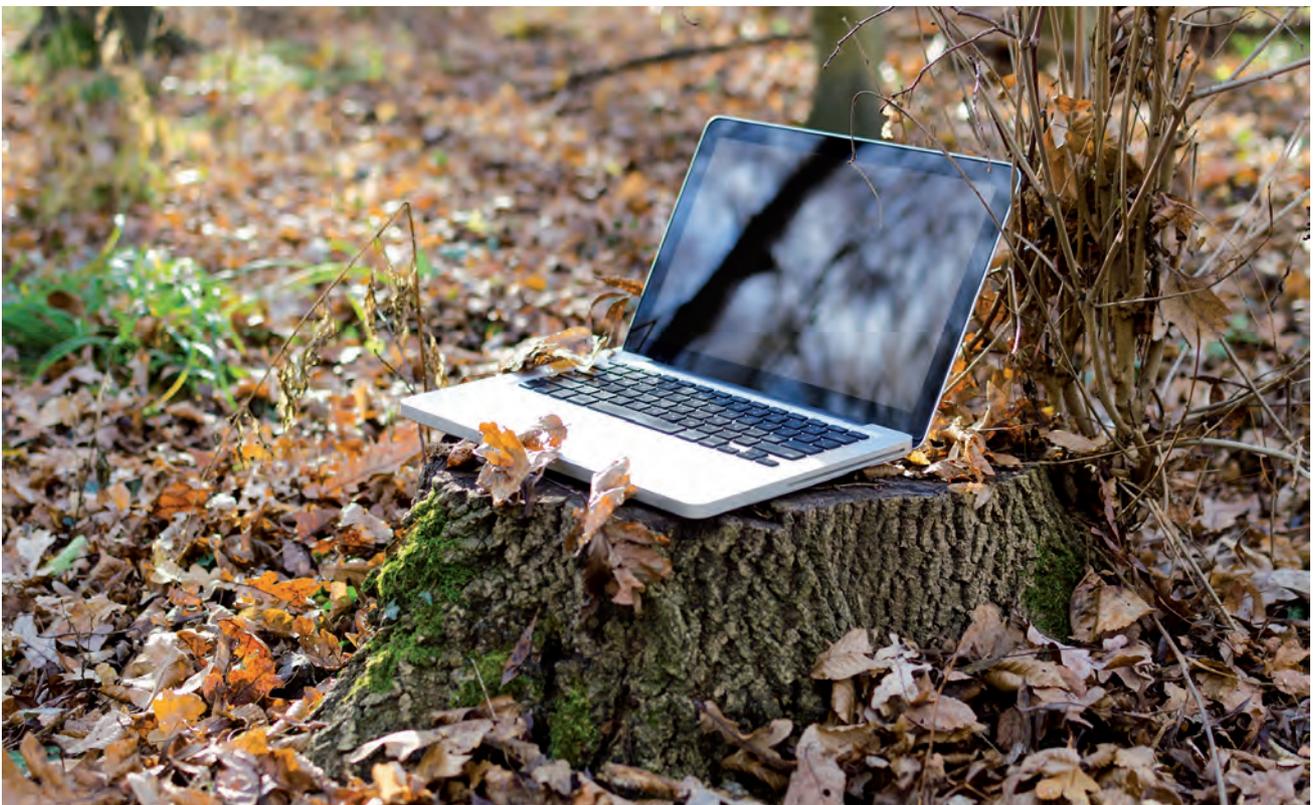
DE LA RED DE PEDRO A LA RED DE REDES

En el interior de la Basílica de San Apolinar el Nuevo en Rávena, edificada en el siglo VI, se conserva un mosaico bizantino en el que Jesús de Nazaret invita a Pedro y Andrés a echar sus redes en otros mares. En el siglo XXI, Internet es uno de los océanos que representa una oportunidad para esa red de discípulos que aspiran a la inculturación del Evangelio. Como expresó Francisco en el Mensaje para la 48.ª Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales el 24 enero de 2014: «Internet puede ofrecer mayores posibilidades de encuentro y de solidaridad entre todos; y esto es algo bueno, es un don de Dios». No obstante, esas posibilidades de encuentro están determinadas por la manera de utilizar la herramienta, ya que, si a priori Internet puede contribuir a la mejora de la calidad de vida de las personas, su uso está sujeto a determinados riesgos. En este sentido, Francisco advierte de los peligros que conllevan las nuevas tecnologías de la información cuando se naturaliza «la difamación y la calumnia, y parece quedar

fuera toda ética y respeto por la fama ajena». Esta afirmación del pontífice en su Exhortación Apostólica *Gaudete et exsultate* (n. 115) pone de relieve la preocupación del papa por una comunicación digital que no construya puentes entre los seres humanos.

El interés por la cultura digital, presente en la tercera Encíclica del pontificado de Francisco, *Fratelli tutti*, tiene su arraigo en otros documentos que examinan tanto los efectos positivos como negativos del fenómeno virtual. Francisco se preocupa especialmente por el uso inapropiado de los recursos digitales, señalando que hay «movimientos digitales de odio» que no constituyen una «forma adecuada de cuidado grupal» (n. 43). De ahí que, en la exhortación apostólica *Christus vivit*, publicada un año después del Sínodo de los jóvenes en 2018, sostuviera que «los medios de comunicación digitales pueden exponer al riesgo de dependencia, de aislamiento y de progresiva pérdida de contacto con la realidad concreta, obstaculizando el desarrollo de relaciones interpersonales auténticas» (n. 88).

Ante los desafíos que representa el mundo digital, ya en el siglo pasado, el Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales sugirió la exploración de nuevas áreas de investigación como la antropología y la teología de la comunicación. En esta línea, en los últimos años, autores como Susan George o Heidi Campbell han propuesto marcos metodológicos para afrontar el estudio desde el ámbito de las ciencias de las religiones. Asimismo, Antonio Spadaro ha acuñado el concepto *ciberteología*, definido como la actividad de comprensión de la fe *-intellectus fidei-* desde la lógica de Internet.



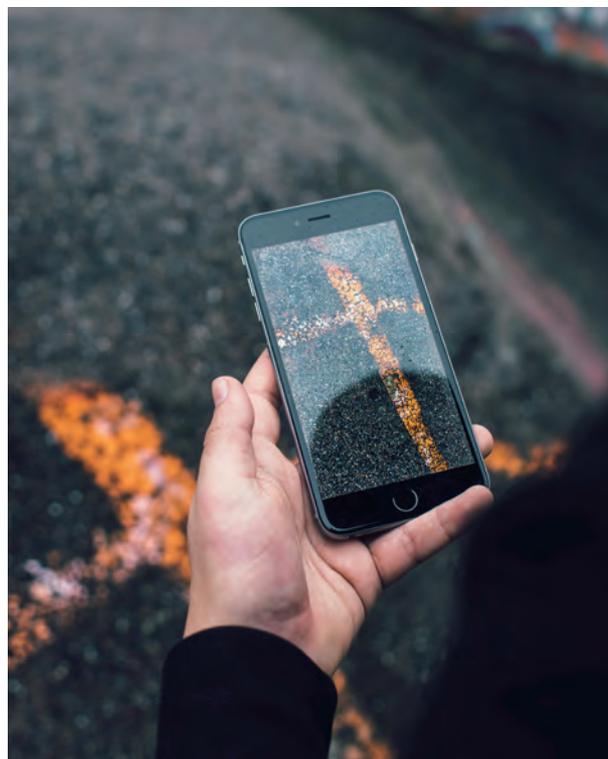
En la próxima década, probablemente, se desarrollen líneas de investigación que profundicen en los puntos de intersección entre la religión, ética y tecnología. Por ello, las implicaciones sociales de la Cuarta Revolución Industrial representan una oportunidad para el campo de la moral cristiana. Si la infoética intenta dar respuesta a las cuestiones relacionadas con el ser humano y la tecnología, la infoética cristiana tendrá que abordar el uso correcto e incorrecto de las herramientas tecnológicas, asumiendo como marco principal el mensaje del Evangelio.

EL SER HUMANO, LA MÁQUINA Y EL EVANGELIO

La serie distópica *Black Mirror* presenta los efectos secundarios de la dependencia tecnológica. El episodio 1 de la temporada 2, *Be Right Back*, cuenta la historia de una mujer llamada Martha que pierde a su pareja, Ash, en un accidente de tráfico. Para superar la crisis, la joven utiliza una aplicación que hace resucitar a Ash, encarnándose en un muñeco biónico. Aquel software, que mediante los datos recogidos en la red está capacitado para reproducir el comportamiento de las personas, recopila toda la información de la pareja de Martha con la finalidad de llenar su sensación de vacío. Pero la máquina, que sabe cómo se comportaría en cada momento el nuevo Ash, carece tanto de emociones como de libertad. La convivencia con el robot será insostenible para la protagonista, hasta el punto de experimentar una honda frustración en su relación con aquella copia malograda del verdadero Ash.

¿Podrá la tecnología replazar al ser humano? Es una pregunta que va más allá del campo de la ciencia ficción. De hecho, esa cuestión florece hoy entre investigadores de diferentes áreas del conocimiento ante el avance de la inteligencia artificial. Los algoritmos pueden producir verdaderos progresos, minimizando errores en el sector industrial y en la práctica de la medicina. Sin embargo, aunque sea posible replicar máquinas similares a los seres humanos, los robots programados no pueden disfrutar de una facultad que determina la manera de ser y existir de las personas: la libertad.

Como expresó James Moor, en su obra *Why we need better ethics for emerging technologies*, a medida que se desarrolle un dispositivo tecnológico será ineludible el estudio de sus posibles consecuencias, si no queremos que la identidad funcional de las máquinas replazce a la de los seres humanos. A la luz de la fe cristiana, para la moral católica representa un desafío desarrollar un discurso ético sobre Internet en un mundo que, caminando hacia el paradigma 4.0 de la inteligencia artificial, aún ha de digerir las implicaciones reales de la participación interactiva (*Web 2.0*), y del acceso a la información y protección de los datos (*Web 3.0*). En no pocas ocasiones, esta indigestión se manifiesta en formas de ciberdelincuencia, incremento de bulos y falsos rumores, comunicación despersonalizada, ciberfundamentalismo, desprotección de datos, hiperconectividad, pérdida de la privacidad, adicción digital o vulneración de derechos de propiedad intelectual. Además, la brecha digital sigue



siendo un obstáculo para el avance social e incrementa las diferencias entre ricos y pobres.

A pesar de estos problemas subyacentes en el mundo digital, el futuro de Internet (*Web 4.0*) está lleno de oportunidades para mejorar la vida y convivencia entre los seres humanos. En la obra *Networked Theology*, a partir de la parábola del buen samaritano, Heidi Campbell y Stephen Garner se aproximan a una teología moral de Internet desde las preguntas «quién es mi prójimo», «dónde está mi prójimo» y «cómo debo tratar a mi prójimo». En su Encíclica *Fratelli tutti*, Francisco dedica un capítulo entero a dicha parábola para poner de manifiesto el valor del amor en una nueva cultura de la «fraternidad» y de la «amistad social» (nn. 56-86). Esa apuesta por la llamada «cultura del encuentro» (nn. 30, 215-217, 232) también es necesaria en el mundo virtual. De ahí que la Iglesia tenga la responsabilidad de proponer una cultura virtual desde el horizonte del Evangelio. El objetivo de este reto, parafraseando a Francisco de Asís y al papa en *Fratelli tutti*, consiste en transmitir el valor del amor en una comunidad que, más allá de las barreras de la geografía (n. 1), amplíe su misión a una red de redes, que no por ser virtual deja de ser real.